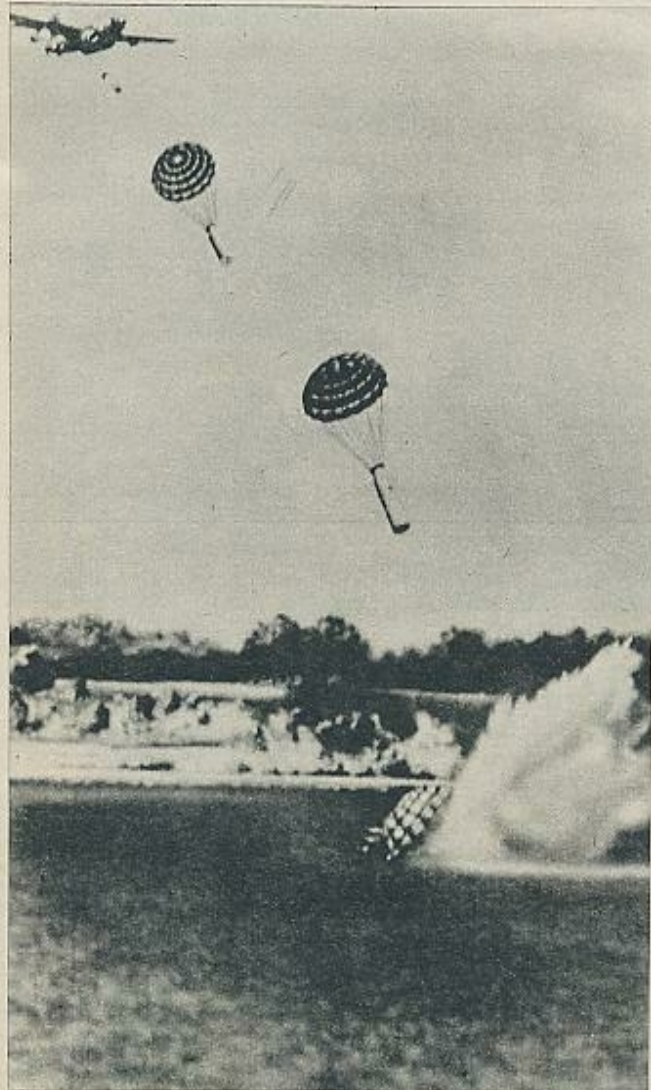


e. haro tecglen

de poder de Washington lo están sosteniendo desde hace muchos años y porque está inscrito en su psicología profunda: no aceptan que estén perdiendo una guerra frente a un enemigo pequeño, sino frente a un gran enemigo mítico. Sobre este error acumulan otro: el de la repetición mecanicista de un hecho similar. El último bloqueo naval frente a navíos soviéticos que realizó Estados Unidos fue el de la isla de Cuba en agosto de 1962 —en la época Kennedy-Krutschév— y de alguna manera los Estados Unidos llegaron a creer firmemente que aquel bloqueo fue un triunfo, y una demostración de que la firmeza en las decisiones siempre compensa a quien tiene la fuerza suficiente como para mantenerlas. Nada más lejos de la realidad: a los diez años de la gran acción, el régimen de Castro sigue firme en la isla, y aún con más seguridad y más extensión internacional que antes. Si la Unión Soviética no puso en riesgo las condiciones de coexistencia que buscaba —y que, precisamente desde entonces, se hicieron más patentes—, retiró sus proyectiles y sus barcos no forzaron el bloqueo, Cuba buscó otras vías para sostenerse —quizá más dañinas para Estados Unidos— y la Unión Soviética no dejó nunca de aparecer en su ayuda. La repetición de aquellas condiciones con Vietnam podría, en algún caso, tener un desenlace semejante, pero nunca más allá. Además, en esta ocasión los datos son esencialmente distintos, y no basta el sistema de bloqueo.

El bloqueo de Haifong puede verse como una señal más dirigida a la URSS y a China para que fueren a parlamentar a los vietnamitas.



Tras las elecciones italianas

UNA VENTAJA FASCISTA

La dosificación de partidos dentro del Parlamento italiano, después de las elecciones generales, varía muy escasamente en lo que se refiere a los grandes; parece que la opción llamada de «centro-izquierda» —la democracia cristiana con los socialistas— deberá seguir gobernando, como lo hace desde 1962. Nunca ha sido satisfactoria, sus elementos han sido querrelantes entre sí, y sus litigios internos han producido las crisis insolubles que han conducido a las elecciones generales anticipadas; pero mientras no se encuentre la fórmula de unión de las izquierdas, y no se ha encontrado, no aparecerá otra manera de gobernar que esta, precaria e insuficiente. Se habla ya de otras elecciones anticipadas, tal vez dentro de un año. Solamente la modificación del sistema electoral y de las circunscripciones podría ofrecer una considerable variación en los resultados, pero está claro que los partidos del poder no están dispuestos a realizar esa modificación de un sistema que les favorece.

Los dos más significativos son los del ascenso del fascismo. El MSI y sus aliados monárquicos han elevado su bloque: de 24 diputados han pasado a tener 56, de 11 senadores a 28. Cifras todavía escasas para constituir una amenaza seria de fascismo vía electoral, inferior

res a las que se esperaban; pero indicativas del crecimiento de un estado de ánimo. El fascismo suele aparecer en situaciones de crisis de sociedad y de crisis económica, cuando los futuros que ofrecen las otras ideologías son confusos, cuando las clases medias —su fuente nutricia— sienten un miedo de acháptamiento por los grandes grupos de capital, de una parte, y el descontento revolucionario de las masas proletarias. Fascismo y vacío político son compañeros; se engendran el uno al otro. En Italia, la gran agitación propagandística, renovadora, de los partidos en la campaña electoral, no va a encontrar continuación posible en un gobierno continuista. El fascismo tendrá que crecer.

Los partidos revolucionaristas, los «gauchistas», han perdido posiciones. Aparecen como demasiado utópicos. El comunista, segundo partido italiano, ha ganado diputados —ocho— y ha perdido senadores —diez—. Los electores del senado tenían más edad —un mínimo de veinticinco años— que los de la Cámara; parece desprenderse que los grupos de edad más fatigados políticamente inician un retroceso con respecto al comunismo, y que los jóvenes, en cambio, le ofrecen un nuevo apoyo. De todas formas, la variación ha sido muy escasa como para obtener de ella unas consecuencias generales.

La ratificación de los tratados con el Este

LA BATALLA DE ALEMANIA

Esta semana, quizá, estará decidida la ratificación de los tratados de Alemania Federal con la Unión Soviética y con Polonia, tras un nuevo aplazamiento del debate y otra tanda de conversaciones entre el Gobierno y la oposición. La oposición democristiana dirigida por Barzel está prácticamente en este tema, pero no sabe cómo actuar para no perder su imagen. El oportunismo —y Barzel es un gran oportunista— resulta, a veces, la posición más difícil y más peligrosa. Hay un momento en que al oportunista se le ve demasiado el fondo, y ya no sabe qué hacer. Pierde la naturalidad.

Se difunde, entre tanto, la noticia de que el gobierno de Bonn va a pedir oficialmente el ingreso de Alemania Federal en las Naciones Unidas, sin presentar ninguna clase de obstáculo o dificultad al ingreso de la República Democrática, y aun urgiéndolo: una forma relativa de presentarse como portavoz de una Alemania única, y al mismo tiempo de ofrecer una nueva ventaja a los alemanes del Este. Está claro que con esta idea Brandt quiere también favorecer la causa de los Tratados en discusión, y aún la de promover otro tema que lleva esperando veinticinco años: el de los Tratados de Paz con los vencedores. Ha quedado claro en los debates que el tratado con la URSS no puede considerarse como un tratado de paz y que, por lo tanto,

todo lo que contiene el actual acuerdo es revisable cuando llegue el verdadero tratado de paz. Este tratado, que habría de firmarse con Francia, Gran Bretaña, los Estados Unidos y la URSS, debería ser hecho, en el espíritu alemán sostenido hasta ahora, por una Alemania reunificada; tras él, esa Alemania ingresaría en la ONU. Si se confirmase la noticia de que Brandt pretende el ingreso de las dos Alemaniás, por separado, en la ONU, el tema de los tratados de paz tendría otro cariz. Al mismo tiempo, significaría la posibilidad y el precedente de que otros países divididos —como Corea, como el Vietnam— tuvieran doble representación en las Naciones Unidas en tanto durase su situación actual.

El día 17 —el miércoles pasado— el tema de los tratados con el Este vuelve al Parlamento. Sería deseable que en este momento las dos grandes fuerzas políticas del país hubieran llegado a un acuerdo y la ratificación fuera prácticamente unánime, dejando aislados a los duros y a los partidarios de una solución de fuerza, que quizá ahora encuentran nuevos ánimos como consecuencia de la situación de inseguridad mundial por el desarrollo de los acontecimientos en Vietnam. Si esta casi unanimidad no se consigue, no parece que de todas formas se vayan a rechazar los tratados.